

El olvido de la filosofía

Enrique Ipiña Melgar¹

Con admiración y enorme aprecio por la excelente
producción de la Revista *Estudios Bolivianos*
en sus veinte años continuos de investigación

El hombre; es decir, la humanidad, siempre ha respondido a dos pulsiones opuestas: la seguridad, por una parte; y por otra, la búsqueda de lo desconocido o la aventura. Es posible considerar a la historia de la filosofía como un vaivén entre la certeza y la duda, entre el bienestar asegurado y la aventura preñada de riesgos.

Hacia fines de la Edad Media todo parecía terminado y completo. La gente educada pensaba que el saber había llegado a su cúspide. Al menos, eso creía la mayoría de las mentes más brillantes de los siglos XIII y XIV (San Buenaventura, Santo Tomás de Aquino, Guillermo de Occam, Juan Duns Escoto). Y es que todos se habían olvidado del sabio y humilde Sócrates («Solo sé que no sé nada»). Lo que las ciencias habían logrado conocer, la filosofía que las fundamentaba, más la teología que les daba su culminación, entraron en una época de estancamiento donde todo el debate giraba en torno a la realidad de los conceptos universales: si eran solo palabras (nominalismo) o se podían considerar entidades reales (realismo). El problema se resolvió por sentido común: eran sólo conceptos en la mente; pero tenían fundamento en la realidad de las cosas concretas. Esta solución, debida en gran parte a Tomás de Aquino, se llamó “realismo crítico” y está en vigencia hasta nuestros días. Aparte de eso, no se volvieron a plantear problemas de fondo y todos disfrutaron así de una confortable seguridad. Hasta que al final del siglo XV dos acontecimientos agitaron al mundo europeo;

¹ Doctor en Filosofía por la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, profesor de secundaria y de nivel superior. Consultor en educación y desarrollo organizacional.

la Reforma de la Iglesia y el descubrimiento de América. Ambos acontecimientos sacudieron a Europa en sus raíces; y comenzó la búsqueda, la aventura, en pos de una nueva y aún desconocida tierra firme.

La autoridad de la Iglesia había quedado seriamente cuestionada y nunca más sería tomada en cuenta como la fuente del poder de los reyes o el árbitro de las naciones; pero, además, el mundo descubrió súbitamente que todo lo que se sabía sobre el universo, la tierra, el sol, la luna y las estrellas, el ciclo anual de las estaciones, y finalmente, la vida y la muerte, carecían de suficiente consistencia. Perdida la seguridad del mundo, tal como hasta entonces se lo había imaginado, surgió la más poderosa pulsión hacia lo desconocido: la búsqueda de un mundo nuevo, que podría ser más grande, más justo y más fraterno que el mundo hasta entonces conocido. Estos hechos dieron alas a la imaginación de pensadores de la talla de Tomás Moro con su célebre *Utopía* y de Erasmo de Rotterdam con su *Elogio de la locura*.

Así comenzó la rebelión de los intelectuales y se manifestó la posibilidad de una nueva vía del conocimiento para los nuevos tiempos: el método científico. Grandes autores le fueron dando forma y consistencia: Nicolás de Cusa con su *docta ignorantia*, Francis Bacon con sus tablas y su lucha contra los prejuicios, René Descartes y su duda metódica, Nicolás Copérnico, Giordano Bruno, además de Galileo Galilei y otros. Rápidamente el conocimiento científico se desarrolló como el saber preferencial, por encima de la filosofía que antes reinara en las escuelas y las universidades. De la absoluta certeza metafísica se pasó a la duda metódica y a la verificación experimental. En adelante, los nuevos filósofos de la edad moderna apenas serían considerados, salvados sus aportes científicos; y solo reforzarían este cambio trascendental.

Finalmente, al terminar la Edad Moderna, aparecen Immanuel Kant con su *Crítica de la razón pura* y Georg Wilhelm Friedrich Hegel con la dialéctica y la filosofía de la historia. El advenimiento de ambos filósofos significó la derrota definitiva de la filosofía tradicional, que sostenía la falaz independencia de la razón por encima del conocimiento sensible; y por otra, el mero pragmatismo o empirismo de la filosofía moderna de entonces, que nunca pudo elevarse por encima de los nuevos avances de la matemática y de las ciencias naturales. Mirando hacia atrás, en perspectiva, Kant pudo haber visto que Aristóteles había logrado definir el tiempo en función del espacio; tratando al espacio como la base indispensable del tiempo. La célebre sentencia aristotélica consta de muy pocas palabras: ὁ χρόνος ἀριθμὸς ἐστὶ κινήσεως καὶ ἂ τὸ πρότερον καὶ ὕστερον, “el tiempo es la medida del movimiento según lo anterior y lo posterior” (*Phys.*, IV, 11, 219a–20a).

Tal vez, Kant se apoyó en esta sentencia aristotélica para insistir en que ambas realidades sólo existen en la mente del hombre, quien es “el que mide” el movimiento. ¿Se acordaría también de Protágoras y su inmortal afirmación πάντων χρημάτων μέτρον ἐστὶν ἄνθρωπος “el hombre es la medida de todas las cosas”?

En efecto, el hombre es el único ser que puede medir el movimiento desde un lugar en el espacio y una situación en el tiempo. Tal vez, Kant tomó de allí la base para definir sus célebres y hasta hoy no refutados juicios sintéticos a priori, y sus ideas sobre el tiempo y el espacio como formas innatas que ordenan el mundo, de modo que la realidad sólo se conocería por la intervención humana y al modo humano, quedando en sí misma incognoscible, como el *ignotum x*. Esta distinción entre lo que realmente es, o *noúmenon*; y lo que parece ser, o *fenómeno*, está en la raíz de toda la epistemología moderna: ¿conocemos la realidad? Si no es así, ¿es aún posible la ciencia?

Hoy, mirando también hacia atrás y en perspectiva, nadie podría negar o afirmar que esa concepción kantiana (no muy diferente de la teoría de los universales en el realismo crítico medieval) ejerciera influencia sobre el pensamiento de Albert Einstein; aunque el autor de la teoría de la relatividad no se hubiera remitido explícitamente a ella. ¿No se ha dicho acaso que todo el pensamiento posterior a Kant es su tributario? Así Kant pudo haber sido —si no el padre— sí el necesario antecedente de la teoría de la relatividad, fundando una nueva manera de ver el tiempo y el espacio. Y así pasaría a ser el que le dio una sólida base teórica al desarrollo de las ciencias de la naturaleza y del hombre.

Hegel, por su parte, descubrió una nueva dialéctica de la historia, cercana a la teleología cristiana, que le hizo posible pensar en el porvenir humano como el último horizonte gracias a la superioridad del espíritu, que se prefigura en la realidad suprema simbolizada por su visión utópica del Estado. Hegel se remonta a los orígenes del pensamiento occidental cuando se hunde en las profundidades del ser. Por eso su filosofía está entrañablemente unida a los problemas del pensar: la lógica; y del devenir del ser: la historia. Es pues, el padre de una nueva época y, junto con Kant, el que pone las bases del conocimiento científico; particularmente, las bases de las ciencias sociales a partir de la historia.

De esa manera, Kant y Hegel nos devolvieron a la era de los grandes filósofos griegos, que supieron crear las bases teóricas de la ciencia. Kant y Hegel, a su vez, también nos ofrecieron una nueva física y una nueva manera de pensar el ser y la historia como un sólido basamento para el desarrollo de las ciencias. Fue así que el hombre europeo volvió a tocar tierra firme. Una nueva seguridad se había establecido y nuevamente se creyó que era imposible saber más, que la nueva filosofía había llegado a explicarlo todo. Y quedaron sentadas las bases de las nuevas ciencias.

Pero esta nueva seguridad iba a durar bien poco. Apenas comenzado el siglo XX, aparecieron en el horizonte tres grandes científicos que pusieron en crisis las bases de todo el conocimiento laboriosamente alcanzado. Ellos fueron Werner Heisenberg (con el principio de indeterminación), Max Planck (con la mecánica cuántica) y Albert Einstein (con la teoría de la relatividad). La nueva física, olvidando las enseñanzas de Kant y Hegel, creyó que tenía que buscarse la vida

construyendo sus propias bases teóricas, una vez que la filosofía parecía haber llegado a su propio límite y que ya no ofrecía sustento a estos nuevos desarrollos. Lo mismo sucedió con la química, que gracias a los hallazgos de la microfísica, muy pronto se vio a sí misma como una anticuada ciencia de probetas, retortas y balanzas. En lo sucesivo, se vería mejor atada a la física, buscando con ella esas dichosas bases teóricas, cada día más elusivas porque todo era realmente provisional y no pasaban cinco años sin que nuevos hallazgos y nuevas teorías pusieran en duda todo lo logrado hasta entonces. Así entramos en la segunda mitad del siglo XX.

El esplendor de los grandes filósofos de este cercano siglo (Martin Heidegger, Jean-Paul Sartre) que, en realidad, abandonaron a la naturaleza para centrarse en el hombre personal, no alcanzó para devolvernos la fe en la seguridad amenazada. Las guerras mundiales que segaron la vida a decenas y decenas de millones de hombres con las poderosas máquinas de matar que la ciencia puso en manos de los poderosos, acabaron por quitarnos la fe en las promesas del positivismo decimonónico. La seguridad que ofrecía la ciencia no era mejor que la que un día nos había prometido la filosofía.

Y así terminamos el siglo de las grandes guerras: con el desencanto de la ciencia y el olvido de la filosofía. Con una legión de científicos puros, encerrados en sus propios marcos lógicos, sin advertir la nube de incertidumbres, contradicciones y misterios que los fue envolviendo. La filosofía quedó al margen, con la honrosa excepción de un grupo de auténticos filósofos, entre los cuales destacan Louis Althusser, Jacques Derrida, Jürgen Habermas y Michel Foucault. A pesar de todo, el saber perdió su unidad y su universalidad. En los hechos, hoy nos encontramos con un panorama más problemático que nunca:

- Las ideologías sólo se justifican por la defensa de los derechos de una clase, de una raza, de una religión; o por los intereses económicos y políticos de determinados sectores. Ya no apelan a una filosofía del hombre, la sociedad, o de la historia.
- Las ciencias naturales cada vez son más «técnicas», cuando no se limitan simplemente a describir los fenómenos y sus mecanismos; como por ejemplo; las neurociencias. Casi todas se hallan sin justificación racional para los grandes hallazgos realizados con las nuevas herramientas de la informática. De esa manera, la microfísica, la microbiología, la genética, el Big Bang y la magna historia del espacio y el tiempo, no tienen una explicación suficiente. Solo se describen hasta donde es posible. Más allá: el misterio.
- En el ámbito de las ciencias sociales, el debate sobre los grandes problemas se ha estancado. Ya casi nadie investiga el derecho penal, la victimología y la criminalística, el derecho a la vida y a la muerte; o la ética, más necesaria que nunca en las dimensiones de un mundo superpoblado y en un medio ambiental al borde de la catástrofe.

- Por su lado, las ciencias políticas se encuentran perplejas ante las divergentes concepciones de la democracia, que de esa manera muestra sus profundas debilidades, mientras la convivencia humana empieza a parecer imposible.
- Ante esta compleja situación, deberíamos establecer la imperiosa necesidad de volver a la investigación filosófica, aplicando críticamente los grandes principios de valor universal a todas las ciencias:
 - Identidad del ser y del pensar: las leyes del pensar no pueden ser diferentes de las leyes del ser. La lógica es la otra cara de la ontología.
 - Todo efecto tiene causa.
 - Nada existe sin razón suficiente para existir.
 - Entre el ser y el no ser no hay término medio.
 - El ser no puede ser y no ser al mismo tiempo y bajo el mismo aspecto.
 - La esencia del ser es ser, pero todos los seres del universo pueden ser o no ser.
 - Nada entra en el entendimiento si previamente no pasa por los sentidos.

Aunque parezca mentira, esos y otros principios básicos de la filosofía del Ser, del Pensar y del Conocer suelen ser ignorados o transgredidos. No son pocos los que, abusando de su escasa comprensión de los hallazgos de la física moderna, han llegado a creer que el conocimiento es siempre relativo y que incluso puede ser contradictorio sin perjuicio de nada ni de nadie. Sería muy conveniente que nos concentremos en el seguimiento de las leyes del Ser, del Pensar y del Conocer para hacer la crítica de nuestras ciencias y verificar si se ajustan a las leyes de la realidad. Lo contrario significaría que nos abandonamos al caos total en brazos de una perezosa libertad de pensamiento. Entonces, nada tendrá valor, porque todo valdrá lo mismo.

- Tal vez sea necesario volver a empuñar la navaja de Occam para eliminar muchos entes que fueron creados sin necesidad.
- Tal vez sea necesario ir tras los vestigios de la razón pura y de la lógica extraviada; y no contentarnos con repetir lo que dicen los autores más conocidos que, a su vez, repiten lo que decían otros.
- Tal vez sea necesario reconstruir los más elementales fundamentos teóricos y críticos de las matemáticas (el algoritmo, la ecuación) o de las ciencias naturales (la observación directa) o de las ciencias sociales (el comportamiento humano).
- Tal vez sea necesario preguntarnos más exhaustivamente sobre las presuntas verdades; sin apresurarnos a formular las respuestas o llegar a conclusiones que siempre serán solamente provisionales.

Hay que investigar con espíritu crítico y creativo, no reconociéndole la calidad de terminado o perfecto a ningún dato científico; sin miedo a la magnitud o a la complejidad de los problemas que se presentan.

- Sobre todo se debería analizar y evaluar los métodos de las diversas disciplinas, para establecer la práctica y la experiencia como sus fundamentos.
- La bibliografía referencial debería ceder el primer lugar de apoyo al gran libro de la realidad y la experiencia de la misma.
- La reflexión debería siempre seguir y nunca anteceder a la experiencia.

A pesar de todo lo que hagamos, es de esperar que la crisis se quede entre nosotros por muchos años. Es posible que nunca se llegue a superar. Pero, por eso mismo, no deberíamos dejar de preguntarnos nunca por el sentido de las cosas y de nuestra existencia. Y eso sí, dejar de suspirar por una zona de seguridad que nunca fue otra cosa que una mera petición de principio. Si actuamos así, haremos filosofía y ciencias de verdad.